

gustia y su remordimiento eran tan crueles en aquel instante, que las lágrimas, las bienhechoras lágrimas, no acudían á sus ojos...

Ramuncho, en aquel mismo momento de la noche, seguía camino abajo, por los valles oscuros, hacia la región inferior por donde pasan los trenes llevando los hombres á sitios lejanos y cambiando y trastornando tantas cosas. Todavía, durante una hora próximamente, continuaría pisando la tierra euskara; después se acabaría el rincón querido. Á lo largo de su camino se cruzaba con algunos carros de bueyes, perezosos, lentos, que recordaban la tranquilidad de los tiempos pasados, ó bien, vagas siluetas humanas le saludaban al paso con el tradicional *buenas noches*, el viejo *gau-one* que mañana ya no oiría. Allá abajo, á la izquierda, en el fondo de una especie de negro golfo, se perfilaba aún España, la España que sin duda por mucho tiempo, no había de inquietar ya sus noches...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 6625 MONTERREY, MEXICO

SEGUNDA PARTE

Han pasado tres años rápidamente.

Franchita está sola en su casa, enferma, acostada, al anoecer de un día de Noviembre.

Es el tercer otoño que transcurre desde la partida de su hijo.

En sus manos, abrasadas por la fiebre, tiene una carta de él, una carta que debiera haber sido portadora de alegría sin nubes, ya que en ella anuncia la vuelta á la casa, pero que le produce, al contrario, torturantes sentimientos, porque la ventura de ver otra vez al hijo ausente se envenena ahora con tristezas, y más aún, con inquietudes, con horribles inquietudes...

¡Oh! había tenido el presentimiento claro del sombrío porvenir la tarde aquella en que volviendo de despedir á Ramuncho, hubo de entrar en casa, agobiada de amargura, después

del reto lanzado á Dolores en plena calle: era la verdad cruel que en aquella ocasión había destrozado para siempre la vida de su hijo...

Meses de espera y de calma aparente habían no obstante sucedido á esta escena, en tanto que Ramuncho, muy lejos de su país, combatía por vez primera. Después, un día, se le presentó á Graciosa un rico pretendiente, y ella, como bien lo sabía la aldea toda, lo había rechazado obstinadamente á despecho de la voluntad de Dolores. Entonces desaparecieron de súbito las dos, madre é hija, con el pretexto de visitar á unos parientes de la parte alta del país. Pero el viaje se había prolongado, la ausencia revestía un aspecto de misterio, y de repente se esparció el rumor de que Graciosa cumplía el noviciado en una fundación de las Hermanas de Santa María del Rosario, en un convento de Gascuña, del que era abadesa la antigua buena Madre de Etchezar...

Dolores volvió á aparecer en su casa, sola, silenciosa, con aspecto melancólico y desolado. Nadie sabía qué clase de presiones habían obrado sobre la doncella de cabellos de oro, ni cómo se había dejado sepultar en aquella tumba, cerrando sobre sí las puertas luminosas de la vida; pero después de las indispensables dilaciones, y sin que su propio hermano hubiese podido verla, pronunció sus votos, mientras

Ramuncho, en una lejana guerra colonial, siempre apartado de los correos franceses, entre los bosques de una isla austral, ganaba los galones de sargento y la medalla militar.

Franchita había tenido casi miedo de que el hijo querido volviese al país... ¡Y, he aquí que por fin regresaba! Entre sus dedos, enflaquecidos y ardientes, daba vueltas á la carta, que decía: « Salgo pasado mañana y estaré allá el sábado por la noche. »

— ¿Qué hará — se preguntaba la madre — cuando vuelva, y qué resolución tomará en su vida, cambiada tan tristemente?...

En sus cartas se había obstinado Ramuncho en no hablar de esto.

Y todo, además, había sido adverso para la pobre madre. Los inquilinos de abajo se habían marchado de Etchezar, dejando el establo vacío, la casa quedaba más solitaria y mermaba por consiguiente en mucho la modesta renta que ella percibía. Por otra parte, en una colocación desgraciada de dinero, había perdido parte de lo que el extranjero le diera para su hijo. Verdaderamente, pensaba, era una madre bien inexperta, para haber comprometido así la dicha de su hijo querido, ó más bien, era una madre sobre la cual recaía ahora en todo su rigor la justicia de lo alto por la falta de su juventud... Y todo aquello había contruibuido

á postrarla, agravando y apresurando aquella enfermedad, que el médico, tardamente llamado, no lograba contener.

Esperando á su hijo en estos momentos de ansiedad, estaba allí postrada en su lecho, sola y devorada por el ardor de la fiebre.

II

Volví Ramuncho después de tres años de ausencia, cumplido el servicio militar en aquella ciudad del Norte en que su regimiento estaba de guarnición. Volví con el corazón desgarrado, con el corazón presa de tumultuosas agitaciones y de angustias horribles.

Su rostro de veintidós años se había tostado bajo los ardientes rayos del sol; su bigote, ya crecido, dábase un aire de altiva nobleza. Sobre el pecho de su traje de paisano, que acababa de comprar, lucía la cinta gloriosa de su medalla.

En Burdeos, donde había llegado después de una noche de viaje, había tomado asiento, muy emocionado, en el tren de Irún que baja en línea recta hacia el Sur, á través de la monotonía de las Landas interminables. Y se había instalado cerca á la portezuela derecha para ver abrirse á sus ojos el golfo de Vizcaya y perfilarse en el horizonte las altas torres españolas.

Hacia Bayona se estremeció al distinguir las primeras boinas vascas, en los pasos á nivel y

las primeras casas vascuences entre las encinas y los pinos.

Y en San Juan de Luz, finalmente, al echar pie á tierra, le pareció que estaba ebrio... Creyó sentir la impresión súbita y voluptuosa de penetrar en un clima más cálido, en un abrigado invernadero después de las frías brumas de la Francia septentrional, que dejaba allá lejos. El sol estaba de fiesta aquel día; el viento Sur, el dulce viento Sur le acariciaba, y los Pirineos erguíanse con magníficas coloraciones sobre el fondo infinito del cielo. Además veía pasar muchachas que tenían la elegancia y graciosa desenvoltura de las vascongadas; pasaban riéndose, y sus risas parecían del Mediodía de España... Después de las rubias del Septentrión, estas mozelas le ilusionaban más aún que los rosiclères ilusorios del buen tiempo... Pero en breve se encontró nuevamente cara á cara consigo mismo. ¿Para qué — pensaba — dejarse subyugar por aquellos encantos, si encontraba ese suelo vacío para siempre? ¿Podían ya deleitarle, en medio de su infinita desesperanza, la tentadora desenvoltura de las mujeres, el júbilo irónico del cielo, de los seres animados y de las cosas...?

¡No! ¡ Ir cuanto antes á su casa, volver á su aldea, abrazar á su madre...!

Como lo había previsto, la diligencia que sale

todos los días para Etchezar había partido dos horas antes. Pero sin trabajo alguno recorrería á pie el largo camino tan conocido para él, y llegaría al anochecer, antes de que la noche cerrara.

Se fué á comprar alpargatas, el calzado de sus correrías de antaño. Y con su rápido andar de montañés, á grandes trancazos nerviosos, penetró en seguida en el corazón del silencioso país, por senderos y veredas para él tan cuajados de recuerdos.

Noviembre espiraba entre las suaves radiaciones de aquel sol que se detiene por tanto tiempo sobre las pendientes pirenaicas. Desde hacía días brillaba en el país vasco un cielo luminoso y nítido sobre las montañas enrojecidas por el tinte ardoroso de los helechos abrasados. Á orillas de los caminos alzábanse altas gramíneas, igual que en Mayo, y las sombrillas desplegadas de algunas flores estivales, que parecían equivocarse de estación; en los vallados, el ligustro y los rosales silvestres florecían de nuevo al susurrar de las últimas abejas, y algunas mariposas, á quienes la muerte otorgaba un breve plazo de existencia, revoloteaban lánguidamente aquí y allá.

Las casas vascas emergían á trechos entre los árboles, muy altas, con la techumbre empinada, muy blancas aún en su vejez centenaria,

con sus ventanas pardas ó verdes, de un verde opaco vetusto. Por todas partes, en la balconada de madera, secándose al sol, se veían calabazas de amarillo de oro y montones de alubias encarnadas; de las paredes colgaban como gigantes rosarios de coral las ristras de rojos pimientos; todo lo que produce la tierra fecunda y maternal, se encontraba acumulado, según la costumbre milenaria, en previsión de los meses yermos y sombríos en que el calor desaparece.

Después de las brumas otoñales del Norte, aquella limpidez del aire, aquella lluvia de sol, todos los detalles de la tierra querida que veía reaparecer, despertaban en el alma de Ramuncho vibraciones infinitas dolorosamente dulces.

Este era el tiempo, lleno de melancolías, en que se cortan los helechos que como rojizo velludo, ciñen y adornan los ribazos y se extienden por las laderas.

En grandes carros de bueyes, colmados por completo, se llevaban los helechos reposadamente, bajo el bello sol amarillento, hacia las alquerías solitarias, dejando al pasar ráfagas de su aroma campestre. Lentamente, por las sendas del monte iban rodando las carretas cargadas de helechos; muy lentas, en medio del dulce retintín de los cencerros de los bueyes. Y los bueyes, perezosos y fuertes, con la tradi-

cional zamarrá de piel de carnero de color leonado que les da el aspecto de bisontes ó de toros salvajes, arrastraban los pesados vehículos, de ruedas enterizas como las de los antiguos carros. Los boyeros, con la larga aguijada en la mano, marchaban delante, con sus pasos silenciosos, calzados de alpargatas, con la camisa abierta, dejando ver el desnudo pecho, la chaqueta al hombro y la boina muy metida en la cabeza, con sus caras enjutas, serias, á las que imprime la amplitud de las mandíbulas y el vigor de los músculos del cuello una expresión de solidez maciza y fuerte.

Después, había intervalos de medrosa soledad, en donde no se escuchaba sino el zumbido de las moscas bajo las frondas amarillentas y murientes de los árboles.

Ramuncho contemplaba á los escasos viandantes que se cruzaban en su camino, extrañándose de no encontrar á ningún conocido que se detuviese con él. Ni un solo rostro que le fuese familiar. Ni un solo amigo con quien compartir su efusión; por todo, le acogía aquí y allá el vago adiós, el inexpresivo saludo de gentes que se volvían un momento, creyendo haberle visto alguna otra vez, pero que no le recordaban sin duda y que se hundían de nuevo en el humilde sosiego de los campos... Y entonces percibía más acentuada que nunca la

diferencia primordial entre él y aquellos trabajadores.

Por allá abajo, sin embargo, se ve venir un carro con una carga tan alta que las ramas de las encinas le cierran el paso. Adelante va el conductor, con mirada de dulce resignación; un mocetón apacible, rojo como los helechos, y como el otoño, con una elástica encarnada abierta por el pecho, que muestra desnudo; su andar es indolente y desembarazado; lleva los brazos en cruz sobre la aguijada de los bueyes, la que sostiene por encima y á través de los hombros. De la misma manera, sin duda, y por los mismos flancos de la montaña, anduvieron sus ascendientes, labradores y boyeros como él, en los siglos pasados, incontables.

Al ver á Ramuncho tocó á los bueyes en la frente, los detuvo con un gesto de mandato y se dirigió al viajero, tendiéndole las vigorosas manos... Era Florentino. Un Florentino que había cambiado mucho, más sólido y macizo todavía que antes, hecho ya hombre por completo, con aire y expresión definitivamente formados y viriles.

Se abrazaron los dos amigos. Luego se miraron en silencio, conturbados de pronto por la ola de recuerdos que ascendían desde el fondo del alma y que ni uno ni otro acertaban á expresar, y menos aún Ramuncho que Floren-

tino; porque si bien su lenguaje era mucho más completo, también, en cambio, eran más insondables todavía la profundidad y el misterio de sus pensamientos.

Y se sienten agobiados uno y otro al concebir cosas que no pueden expresar, y sus miradas confusas, indeterminadas, recaen distraídamente los hermosos bueyes, que permanecen inmóviles.

— Son míos, dijo Florentino... Hace dos años que me casé... Mi mujer trabaja por otro lado... Y así, trabajando, se empieza á vivir bien en nuestra casa. ¡ Ah! — añadió con ingenio orgullo — tengo todavía en la cuadra otra pareja de bueyes como esta.

Calló, y su rostro se puso rojo como la grana bajo la quemadura del sol; poseía aquel tacto ingénito que suele ser el don de los humildes y que no logra en cambio infundir la educación; y pensando en el regreso desolado de Ramuncho, en su destino destrozado, en su novia sepultada allá abajo entre las negras monjitas, en su madre moribunda, temía haber sido cruel al poner en evidencia con exceso su dicha ante el pobre muchacho.

Volvió á reinar el silencio; aún se miraron un instante, sonriendo, sin encontrar palabras que tradujesen sus ideas. Por otra parte, entre los dos había ahondado en el curso de estos

tres años el abismo inicial que separaba su concepción de las cosas. Florentino aguijó á los bueyes, que echaron á andar, avivándoles con el *ainda* vasco, y al estrechar la mano de su amigo le dijo :

— Ya nos veremos otra vez, ¿eh? ya nos volveremos á ver.

El cencerreo de la yunta se perdió en seguida en la calma del camino, más umbroso cada vez en la declinación del día...

— ¡Este ya ha resuelto su vida...! — pensó lúgubrementemente Ramuncho, continuando su marcha bajo el ramaje otoñal.

El atajo que seguía iba siempre ascendiendo, socavado aquí y allá por los manantiales y á veces atravesado por las robustas raíces de las encinas.

En breve tendrá á Etchezar á la vista; pero antes de verlo se representa su panorama, precisándose por instantes, evocado y avivado en su memoria por el aspecto de los alrededores.

Su paso se acelera y su corazón late fuertemente.

¡Vacía ahora toda aquella región donde ya no está Graciosa; vacía y triste como la casa que visitó la muerte...! Y sin embargo, Ramuncho, en el fondo de sí mismo, se atreve á pensar que allá abajo, en cualquier convento, bajo las

tocas de una monja, hay todavía unos ojos negros muy queridos que podrá volver á ver, y que tomar el velo no es lo mismo que morir y que quizá la última palabra del destino no ha sido pronunciada todavía... Reflexionando se pregunta : — ¿Cómo pudo cambiar el alma de Graciosa, en otros días tan completamente entregada á él...? ¡Ah, presiones extrañas, de seguro...! ¿No mudaría todo aquello al verse el uno al otro, frente á frente, cuando sus ojos se hablasen otra vez?... Mas ¿qué podía en realidad esperar como cosa razonable y posible?... ¿Cuándo se ha visto en el país que una religiosa quebrante sus votos eternos para ir tras el novio? Y además, ¿dónde irían á vivir después, cuando las gentes se alejarían de ellos, huyendo como de unos verdaderos renegados...! ¿Á América quizá? ¡Quién sabe todavía!... Pero ¡cómo acercarse á ella y recuperarla, estando en esas blancas casas de muertas donde las religiosas habitan, siempre vigiladas y con escuchas...! ¡Ah, no; todo era una irrealizable quimera...! ¡Era el bien concluído, concluído sin esperanza de recobrarlo...!

De pronto se ha borrado la tristeza que le produce el pensamiento de Graciosa y su mente se transporta con todo el ímpetu de su corazón hacia su madre; su madre, que está allí, muy

cerca, un poco trastornada sin duda por la emoción gozosa de esperarle.

Ahora se ve á la izquierda del camino una humilde aldea, medio perdida entre las ramas de las hayas y de las encinas, con su antigua capilla y con su paredón de jugar á la pelota, bajo los árboles centenarios, en el encuentro de dos senderos. Y en la cabeza de Ramuncho cambia otra vez el curso del pensamiento; aquel muro bajo, de remate redondeado, cubierto por una capa de cal y de ocre, despierta tumultuosamente en él ideas de fuerza, de vida, de alegría; con ardor de niño se dice que mañana podrá dedicarse de nuevo á ese juego de los vascos, con su embriaguez de movimiento y de agilidad y de destreza; recuerda los grandes partidos de los domingos, después de las vísperas, en la gloria de las luchas denodadas con los pelotaris de España, en todo aquello que ha echado tan de menos durante sus años de destierro y en que funda su porvenir ahora... Pero pasa un instante y la desesperanza mortal viene á romper sus sueños de oro; sus triunfos en los frontones no los verá ya Graciosa... Y entonces ¿de qué servirán...? Sin ella, todas las cosas, aun aquellas en que ahora piensa, desmayan y palidecen, inútiles y vanas, como si ni siquiera existiesen...

¡ Etchezar... ! ¡ Etchezar, que se descubre allá

abajo, de pronto, al volver un recodo del camino... ! Se destaca entre un resplandor rojo, como una imagen fantasmagórica iluminada por extraños reflejos en medio de grandes manchas de sombra y de tarde moribunda. Es la hora del poniente. Alrededor de la aldea solitaria, dominada por el antiguo campanario, proyecta una aureola cobriza y fulgente el último haz de rayos solares temblando en el aire; y al mismo tiempo, el desfile juguetero de algunas nubes y la obscuridad invasora que surge de la Gizune ensombrecen las tierras, allá arriba y acá abajo, y la sucesión de las laderas coloreadas por la muerte de los helechos...

¡ Qué melancólica la aparición del rincón querido para el soldado que vuelve á su casa y que no ha de ver más á su novia... !

Tres años, ¡ ay ! es un instante fugitivo en el andar de la vida, pero á su edad es un abismo de tiempo que cambia y muda las cosas todas. Después de esta ausencia tan larga, aquella aldea adorada, ¡ qué empequeñecida se le aparece, y cuán pobre, encerrada entre sus montes, triste y perdida !... En el fondo inculto de su alma de muchacho precoz, se renueva para atormentarle aquella lucha de sentimientos propios de hombre de cultura y refinado, que son la herencia de un padre desconocido : el apego casi enfermizo á la casa nativa, al terruño donde

corrió la infancia, y el horror á volver á él, á encerrarse allí, cuando se sabe que hay en el mundo tantos *más allá* vastos y libres...

Después de aquella tarde calurosa, se deja ver el otoño en la puesta rápida del sol, en la frescura que asciende desde los valles bajos con un olor de hojas moribundas y de musgos.

Entonces asaltan la memoria de Ramuncho mil detalles de otras otoñadas del país vasco, de los Noviembre de tiempos que fueron : las noches frías y desapacibles en pos de los días espléndidos de sol; las tristes brumas de la caída de la tarde; los Pirineos, borrosos entre los vapores de un gris negruzco ó bien destacándose recortados en silueta sobre un cielo de oro pálido; rodeando las casas, las flores tardías de los jardines, que la helada aquí perdona largo tiempo; y delante de todas las puertas, el tapiz de hojas de los plátanos entrecruzados arriba, el amarillo tapiz que cruje bajo las alpargatas del labriego de vuelta á su casa á la hora de la cena... ¡ Qué deliciosa ventura y qué íntima alegría la del regreso al hogar en las tardes de entonces, después de las jornadas en la aspereza del monte ! ¡ Qué goce en aquel tiempo el de arrimarse al fogón humoso adornado con tiras de papel de rosa calado, y calentarse al amor de las llamas de las primeras lumbres invernales... ! No; en la

ciudad, en esos amontonamientos de habitaciones de interiores bullentes, no se tiene la verdadera impresión de volver á casa, de refugiarse por la noche al modo primitivo, como aquí bajo los techos éuskaros, solitarios en la paz de los campos, en medio de la negrura circundante, la gran negrura temblorosa del follaje y la negrura cambiante de las nubes y de las cimas... Ahora, la ausencia, los viajes, la concepción nueva de las cosas, le han empujado y desfigurado su hogar montañés; va á encontrarlo, sin duda, casi desolado; y piensa Ramuncho, sobre todo, en su madre, que no estará allí siempre y en Graciosa, que ya no estará nunca.

Acelera el paso, anhelando abrazar á su madre; da un rodeo, sin entrar en la aldea, para ir á su casa por un camino que domina la plaza y la iglesia; pasa rápidamente, mirándolo todo con turbación inexplicable. La paz y el silencio reinan sobre la humilde parroquia de Etchezar, corazón del país vasco francés y patria de todos los pelotaris famosos del tiempo pasado, que hoy son obesos abuelos ó duermen bajo la tierra. La iglesia inmutable, donde quedaron sepultados sus sueños piadosos, sus creencias primitivas, se descubre rodeada de sus oscuros cipreses como una mezquita. La plazoleta del juego de pelota, mientras Ramun-

cho va andando á toda prisa, se ilumina todavía con un rayo de sol, un rayo moribundo, muy oblicuo, que cae hacia el fondo, hacia el muro en que aparece la inscripción de los antiguos tiempos. Todo está como la tarde de su primer gran triunfo, hace cuatro años, cuando entre la gozosa multitud veíase á Graciosa con su traje azul, á Graciosa, convertida ahora en una monjita negra... Sobre las gradas desiertas, en los asientos de granito donde brota la hierba, hay tres ó cuatro ancianos que fueron un día los más bravos jugadores del lugar y á quienes sus recuerdos traen inevitablemente aquí, para hacer la tertulia, mientras se extingue la luz y el crepúsculo baja de las cumbres é invade la tierra, pareciendo surgir y descender de los rojizos Pirineos... ¡Cuán felices las gentes que habitan aquí, y que aquí pasan la vida! ¡Qué recuerdos el de las sidrerías, el de los tenduchos y de las bagatelas — traídas de la ciudad, del *más allá* — para venderlas á los caseros de los alrededores...!

Todo esto parécele extraño al joven ahora, ajeno á su sér ó tan lejano como si durmiese en el fondo de un pasado primitivo... ¿No hay pues ya nadie en Etchezar, no es él acaso el Ramuncho de otro tiempo...? ¿Qué es lo que hay en su alma que le impide hallarse tan bien allí como los demás? ¿Por qué, Dios mío,

le está prohibido á él solo cumplir en su patria el tranquilo destino de sus anhelos, cuando todos sus amigos han realizado el suyo...?

Finalmente, he aquí su casa delante de sus ojos. La encuentra tal como pensaba volverla á ver, como esperaba encontrarla; las flores, aún vivas, cultivadas por su madre, á lo largo de la pared, las mismas especies que se han helado, desde hace ya semanas, allá en el Norte de donde viene. Ve heliotropos, geranios, dalias muy altas y rosas de ramas trepadoras. ¡Y la exquisita capa de hojas secas que cae por los otoños desde los plátanos podados en bóveda también está allí crujiendo y deshaciéndose con ruido familiar bajo sus pasos...!

Al entrar en la cocina, en el piso bajo, se encuentra en todo el gris indeciso de la noche. La alta chimenea, donde se detiene su mirada por el recuerdo instintivo de las llamas del hogar en las veladas antiguas, se destaca igual que antes, con su festón de indiana blanca, pero fría, llena de sombra, con todos los signos de la ausencia ó de la muerte.

Sube corriendo al cuarto de su madre. Ésta, desde la cama, al reconocer los pasos de su hijo, se ha incorporado en el lecho, rígida y blanca en la luz crepuscular:

— ¡Ramuncho! — exclama con voz apagada y envejecida.

Le tiende los brazos, y aprisionándolo entre ellos le estrecha y oprime contra su corazón.

— ¡Ramuncho!...

Después de pronunciar este nombre, sin añadir cosa alguna, apoya su cabeza en la mejilla del joven en la actitud habitual de abandono, en la actitud de las grandes ternuras de otras veces... Él, entonces, siente el rostro de su madre, junto al suyo, abrasado por la fiebre. Á través de la camisa nota que están enflaquecidos, febriles y ardorosos los brazos que le tienen enlazado. Por primera vez se presenta á su espíritu la noción de la grave enfermedad de su madre, la posibilidad y el repentino espanto de que pueda morir el sér amado...

— ¡Pero estás sola, madre mía! ¿Quién cuida de ti? ¿Quién te acompaña?

— ¿Acompañarme...? — replica ella con repentina brusquedad, súbitamente, poseída de sus ideas de aldeana. — ¡Gastar dinero para cuidarme...! ¡Vaya una tontería, Dios mío...! La bendita ó la anciana Doyamburu viene de día á darme lo que necesito, los remedios que el médico manda... Aunque los remedios, ¡bah! En fin... ¡Pero enciende una vela, Ramuncho...! ¡Quiero verte y no te veo...!

Y ya encendida la luz con una cerilla española de contrabando, ella, con acento mimoso,

infinitamente dulce, como se le habla á un niño adorado, le iba diciendo :

— ¡Oh, tus bigotes...! ¡Qué bigotes más largos traes, hijo mío...! ¡Si no hubiera conocido á mi Ramunchito...! ¡Acerca la luz, mi bien amado, acércala, que te mire bien...!

Él también la ve mejor ahora, al resplandor de la luz, mientras ella le contempla, admirándole con amor y arrobamiento. Y él se inquieta más y más al ver las mejillas enjutas de su madre, sus cabellos casi blancos; aun la expresión de su mirar ha cambiado, parece turbio y sin brillo; en su rostro se transparenta toda la siniestra é irremediable labor del tiempo, del sufrimiento y de la muerte...

Dos lágrimas rápidas y henchidas ruedan ahora de los ojos de Franchita, que se agrandan y reaniman instantáneamente, rejuvenecidos por el despecho y el odio y la desesperación...

— ¡Aquella mujer...! — exclama de repente. ¡Crees que...! ¡Aquella Dolores...!

Y su grito inacabado expresa y resume todos los celos de treinta años, todo el rencor implacable contra la enemiga de la infancia, que ha logrado, al fin, destrozarse la ventura y la vida de su hijo.

Han callado los dos. Él se ha sentado, con la cabeza doblegada, cerca del lecho, teniendo

entre las suyas la mano ardorosa de su madre. Ella, respirando agitadamente, parece por un largo momento oprimida por el peso de algo que vacila en expresar.

— Dime, Ramuncho mío... Querría preguntarte... ¿Qué piensas hacer ahora, hijo mío? ¿Cuáles son tus proyectos para el porvenir?... tendremos tiempo de hablar de ello, ¿no es verdad...? En América, tal vez...

— No lo sé, madre... Ya lo pensaremos, ya veremos... Me preguntas esto... ahora... Ya tendremos tiempo de hablar de ello, ¿no es verdad...? En América, tal vez...

— Ah, sí — replicó ella lentamente, con todo el espanto que guardaba para sí desde hacía algunos días... — En América... Sí, ya lo presentía yo... ¡Oh! eso es lo que vas á hacer. Ya lo sabía, ya lo sabía...

Y su frase concluye en un gemido y sus manos se juntan en una oración.

III

Á la mañana siguiente vagaba Ramuncho por la aldea y sus alrededores, bajo un sol que, disipando las nubes de la noche, se ostentaba radioso y brillante como el del día anterior. Muy esmerado en el peinado y en el vestir, el bigote retorcido, el continente altanero, elegante, solemne y guapo, andaba sin dirección fija, para ver y para que le vieran, con cierto orgullo infantil en medio de su seriedad y cierta sensación de bienestar á despecho de su congaja oculta. Al despertar, le había dicho su madre:

— Estoy mejor, te lo aseguro; hoy es domingo, véte á pasear, que estaré así más contenta.

Algunos transeuntes se volvían para mirarle, cuchicheaban un instante, después propagaban la noticia de un lado á otro: « Ha venido el hijo de Franchita y está muy guapo. »

Cierta vislumbre, como una ilusión de estío, persistía aun por doquiera, impregnada no obstante de aquella insondable melancolía propia de las cosas que se extinguen apaciblemente. Bajo la impasible fulguración del sol, los campos pirenaicos mostrábanse sombríos; toda su vegetación, todo su verde encanto se

recogían en una especie de resignación cansada, en el cansancio del vivir, en la tranquila expectativa de la muerte.

Los recodos de los caminos, las casas, los más ínfimos árboles, todo traía á la mente de Ramuncho las horas de los tiempos felices, aquellas horas á las cuales se asociaba el recuerdo de Graciosa. Y entonces, á cada remembranza, á cada paso, se grababa en su espíritu, incrustándose implacable bajo una forma nueva cada vez, esta sentencia sin apelación: « Todo ha acabado; estás solo para siempre; Graciosa te ha sido arrebatada y yace en un claustro sombrío... » Y cada accidente del terreno, todo cuanto se ofrecía á su vista, venía á renovar sus dolorosos pensamientos. Además, en el fondo de su sér, como base constante de sus reflexiones, se retorció otra angustiosa ansiedad: ¡ su madre, su pobre madre enferma, quizás en peligro de muerte... !

Encontraba Ramuncho gentes que le detenían acogiéndole gozosas y le hablaban en su querida lengua éuskara, siempre tan vívida y sonora, á pesar de su incalculable antigüedad; hombres de cabellos blancos, cubiertos con la tradicional boina, se detenían de buen grado para hablar un momento del juego de pelota con el gallardo jugador que volvía á su patria. Luego, pasados los instantes de efusión

y las cariñosas bienvenidas, apagábanse las sonrisas á pesar del sol rutilante en el cielo azul, y todo se enturbiaba al pensar otra vez en Graciosa, sepultada en el convento y en Franchita moribunda.

Un violento aflujo de sangre le inflamó al rostro al divisar desde lejos á Dolores, que entraba en su casa. ¡ Qué decrepita estaba y con qué aspecto de agotamiento ! Ella también le había reconocido, pues había desviado vivamente su cabeza testaruda y tenaz, cubierta por la mantilla negra. Con una especie de piedad, viéndola tan destrozada, pensó que ella también se había herido con el mismo golpe, y que se veía ahora solitaria y aislada y reducida al aislamiento en su vejez y en la muerte...

En la plaza encontró á Marcos Iragola, que le dijo que se había casado con aquella muchacha con quien tenía amores desde niño.

— No he tenido que servir en el ejército — añadió, — porque somos, como sabes, guipuzcoanos emigrados á Francia, y he podido así casarme más pronto.

Él tenía veintiún años, ella diez y ocho; sin tierras y sin dinero el uno ni el otro, Marcos y Pilar se habían unido alegremente, sin penas ni zozobra, como dos gorriones para fabricar su nido. Y el joven esposo continuaba, riéndose á la vez :

— ¡Qué quieres! Mi padre me dijo : « Tú eres mi hijo mayor y mientras no te cases, te prevengo que cada año tendrás un nuevo hermano! » ¡ Y lo hubiera hecho, así no hay duda! ¡ Porque somos catorce y vivimos todos...! »

¡ Oh! ¡ Qué sencillos aquellos hombres y cuán naturales! ¡ Eran los sabios y los humildemente dichosos...! Ramuncho se separó de él con cierta precipitación, sintiendo dolorida el alma, después de lo que oyera, más oprimido cada vez, pero deseando no obstante que á su camarada le acompañase la ventura en su pequeño hogar de pájaro imprevisor y sin cuidados.

Aquí y allá había gentes sentadas delante de las puertas, en la especie de atrio de ramajes que precede á todas las casas del país. Y los arcos de aquellos plátanos podados de modo que son impenetrables á la luz en el estío, le daban paso ahora, dejando caer los haces luminosos sobre los moradores entregados al descanso del domingo. El sol ardía, un poco mortecino y triste, por encima de las hojas amarillas que se desecaban y desfallecían...

Ramuncho, en su lento paseo, el primero después de su llegada, sentía, más vivos cada vez, los lazos íntimos, de singular persistencia, que le ataban á este terruño áspero y cerrado por los montes, por más que estuviese él mis-

mo entregado á la soledad y al abandono, sin amigos, sin mujer y sin madre...

¡ Ya tocan á misa mayor! Las vibraciones de la campana le producen una extraña emoción inesperada. En otro tiempo, aquel toque familiar era un toque de alegría y de fiesta ...

Se detiene y vacila, á pesar de su falta de creencias actual y á pesar de su rencor contra aquella iglesia que le ha arrebatado á su novia. ¡ La campana parece invitarle hoy de una manera tan especial, con una voz tan honda de ternura y de apaciguamiento...! « Ven, ven, déjate arrullar como tus antecesores; ven, ¡ pobre infeliz! déjate cautivar por este señuelo que hará que corran tus lágrimas sin amargura, y que te ayudará á morir... »

Indeciso, resistiéndose siempre, iba andando no obstante hacia el templo, cuando apareció Arrakoa.

Arrakoa, cuyo bigote de gato había crecido mucho, acentuando su felina expresión, corrió á su encuentro con los brazos abiertos, con una efusión que Ramuncho no esperaba, en un arranque quizá sincero, por aquel ex-sargento de tan airosa presencia, que llevaba una cinta de medalla y de quien tanto se había hablado en el pueblo por sus famosas aventuras.

— ¡ Hola, Ramuncho! ¿ Cuándo has llegado...? ¡ Si yo hubiese podido impedir aque-

llo...! ¡Qué opinas de mi madre y sus obcecaciones, y de estos santurriones...! ¡Ah, pero no te he dicho...! Tengo ya un hijo, hace dos meses; un chico precioso, te aseguro...! ¡Cuántas cosas tenemos que contarnos, Ramuncho, cuántas cosas...!

La campaña toca y toca, llenando el aire más cada vez con su voz muy dulce y muy grave y un poco imponente al mismo tiempo.

— Creo que no irás allí, ¿eh? — preguntó Arrakoa apuntando á la iglesia.

— No, no — dijo Ramuncho con aire repentinamente sombrío.

— Pues vamos entonces á probar juntos la sidra nueva de tu país...

Y le llevó consigo á la sidrería de los contrabandistas; los dos, cerca de la abierta ventana, se sentaron á la mesa, como en otro tiempo, mirando hacia la calle. Y aquel sitio también, con los bancos lustrosos por la vejez, las imágenes de las paredes, las cubas alineadas en el fondo, le recuerdan á Ramuncho las horas deliciosas de antes, las horas que volaron y que no han de volver.

El tiempo es esplendoroso, el cielo tiene una limpidez cristalina; por el aire cruzan ráfagas de aquel olor especial del otoño, olor de bosques que se desnudan de follaje, de hojas muertas que el sol abrasa sobre la tierra

donde yacen. Después de la calma absoluta de la primeras horas de la mañana, sopla un poco de viento de otoño, un estremecimiento de Noviembre que anuncia claramente, pero con encantadora melancolía, la venida del invierno, un invierno meridional, sí, un invierno muy atenuado que interrumpirá apenas la vida en el campo. Los jardines y los viejos muros por lo demás todavía están cubiertos de rosas...

Al principio hablaron de cosas indiferentes, mientras bebían sagardúa; de los viajes de Ramuncho, de lo que ha ocurrido en la aldea durante su ausencia, de los casamientos que se han realizado ó que se deshicieron. Y á los dos incrédulos, alejados de la iglesia, les llegan los ruidos todos de la iglesia, el retintín de la campanilla y la voz del órgano y los cantos seculares que se dilatan en la alta nave resonante.

Finalmente, Arrakoa, volvió al tema doloroso :

— ¡Ah, si hubieses estado aquí, no hubiera ocurrido aquello...! Y aun hoy mismo, si ella te volviese á ver...

Ramuncho le miró estremeciéndose al pensamiento de lo que creía comprender muy bien.

— ¿Hoy mismo?... ¿Qué quieres decir?

— ¡Oh, mi querido! las mujeres... Con ellas

no se sabe nunca... Ella te quería mucho, respondo de ello; fué terrible lo que pasó... Y en los días que corren no hay ley que la pueda retener en el convento... ¡Cuánto me reiría de que colgase los hábitos... ¡Ja, ja...

Ramuncho desvió la cabeza fijando los ojos en la tierra, sin responder nada y golpeando el suelo con el pie. Y durante el silencio, aquel penamiento tan impío que apenas se había atrevido á concebir y á guardar dentro de sí mismo, le parece cada vez menos quimérico, más realizable, casi seguro... No, no es del todo inadmisibile que la vuelva á ver. Y si hubiera necesidad, sin duda aquel que está allí, Arrakoa, su mismo hermano de ella, le protegería. ¡Oh, qué tentación la que viene á turbar nuevamente su alma...!

— ¿Y dónde está? — preguntó con sequedad. — ¿Lejos sin duda?

— Bastante lejos por allá, hacia Navarra; cinco ó seis horas de coche. La han cambiado dos veces de convento desde que la cogieron. Ahora está en Amezqueta, más allá de los grandes encinares de Oyanzabal; se va por Mendichoco. Creo que debemos haber pasado por allí una noche con Itchúa en nuestros asuntos.

Salía la gente de Misa mayor... Pasaron algunos grupos: mujeres, lindas mozas de garboso aspecto, entre las cuales no se veía á Graciosa;

muchas boinas echadas sobre frentes tostadas por la intemperie. Y todos se volvían para mirar á los dos amigos en la ventana. El viento, que sopla un poco más fuerte, hace bailar las hojas secas de los plátanos en torno de los vasos.

Pasó también una mujer, ya de edad, que por debajo de la mantilla negra les echó una mirada triste y malévolá.

— Aquí viene mi madre — dijo Arrakoa; — ¡todavía nos mira de mal modo...! Y... ¡puede estar orgullosa de lo que ha hecho...! La primera que lo sufre es ella por lo demás, que acabará por ser una vieja solitaria... Catalina, la de los Elsagaray, va á servir la de día; por la noche no tiene quien la acompañe.

Una voz de bajo profundo les interrumpió de repente, con un saludo vasco, hueco como el sonido de una caverna, mientras que una mano grande y pesada se posaba sobre el hombro de Ramuncho como tomando posesión de él: era Itchúa, Itchúa que había acabado de cantar sus liturgias en la iglesia. Itchúa no había cambiado en nada, con su misma cara, por la que parecían no pasar los años; con aquella máscara incolora que igual podía ser de monje que de salteador, con sus mismos ojos hundidos, ocultos y como ausentes. También su alma debía de conservarse semejante, aquella alma

donde cabían, á la vez, la devoción fetichista y la impasibilidad homicida.

— ¡ Ah! — dijo con tono que quería ser afable en lo posible — ¡ ya estás otra vez entre nosotros, Ramuncho! Ahora volveremos á trabajar juntos, ¿eh? El negocio marcha bien y necesitamos brazos para la frontera española. Volverás á las de antaño, ¿no es cierto?

— Pues, tal vez, — respondió Ramuncho. — Pero tiempo habrá para pensarlo y hablar...

De algunos minutos acá, la idea del viaje á América ha perdido terreno en su espíritu... ¡ No! quedarse en el país era mejor, emprender la vida de antes, reflexionar y esperar obstinadamente. Y ahora sabiendo dónde está *ella*, en aquel Amezqueta, á cinco ó seis horas de distancia, le asedian toda clase de sacrílegos proyectos, que hasta aquel día ni siquiera se hubiese atrevido á concebir.

Á las doce volvió á su casa solitaria para ver á su madre.

La mejoría febril y un tanto artificial de la mañana continuaba. Cuidada por la anciana Doyamburu, la enferma sostuvo que se sentía en curación, y temerosa de ver á su hijo preocupado y meditabundo, le hizo que volviese á la plaza para presenciar el partido de pelota del domingo.

El soplo del viento volvió á ser caluroso; venía del sur nuevamente; se habían acabado por ahora los estremecimientos de frío de hace un momento; al contrario, la atmósfera parecía primaveral, y el sol caía á plomo sobre las sierras retostadas, sobre los helechos de color de herrumbre, sobre los caminos donde seguía extendiéndose el tapiz macilento de las hojas desprendidas. Pero el cielo se llenaba rápidamente de espesas nubes que repentinamente surgían de detrás de las montañas, como si hubiesen estado emboscadas para desplegarse todas á una señal.

No estaba combinado todavía el partido de